

SEGUNDO. MORALIDAD, INSTRUCCION.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses. . . . . 3 rs.
Seis id. . . . . 18 »
Un año. . . . . 36 »

PROVINCIAL.

Tres meses. . . . . 18 rs.
Seis id. . . . . 36 »
Un año. . . . . 72 »

NÚMERO FUERTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

Tres meses. . . . . 23 rs.
Seis id. . . . . 38 »
Un año. . . . . 74 »
Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.
Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.
AMERICA.
Seis meses. . . . . 33 rs.
Un año. . . . . 70 »
FILIPINAS.
Seis meses. . . . . 60 rs.
Un año. . . . . 100 »



DIRECCION Y ADMINISTRACION
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato.—Lo que fuere señero.

COSAS DEL DIA.

Aquello pasó por ahora.
Aquello es la tormenta que nos amagaba.
Y la tormenta era nada menos que la sublevacion carlista.
Cuando nosotros leíamos los periódicos de ese partido y nos encontramos en ellos tantas bravatas, tantas amenazas, tantas estadísticas, nos quedábamos tamiñitos; y aunque ya suponíamos que habia gran exajeracion en el número y calidad de los que se suponian amigos de don Carlos, nunca pudimos creer que las ilusiones de esos señores fueran tan grandes.
Por fin llegó el día por los unos ansiado, temido por los otros; el carlismo salió al campo, y como el andaluz del soneto de Cervantes
caló el chapeo, requirió la espada
miró al soslayo, fuese... y no hubo nada.
Felizmente la tragedia ha sido mucho menos de lo que se esperaba, y hubiera sido un verdadero sainete, sino se hubiera derramado sangre inocente, nunca bastante deplorada por los que tienen verdadero patriotismo y amor a su prógimo.

La situación del bueno de D. Carlos, durante los pasados acontecimientos, ha sido bastante ridícula, con perdon sea dicho.
Al menos los que salieron al campo a las órdenes del cabecilla Sabariego, han dado muestra de su valor, pero su rey escondido en los pueblos inmediatos a la frontera, sin atreverse a traspasarla, y a compartir con sus defensores el peligro, ya que gloria no puede alcanzarla el que trata de encender la guerra civil, nos ha recordado muy a lo vivo aquella aventura de la tartana, que tan presente está en la memoria de todos los españoles.
De todos modos, es lo cierto que los españoles no tenemos sino motivos de alegría, al ver lo pronto que se ha desvanecido el peligro.
Y mayor sería nuestra satisfaccion si D. Carlos se persuadiera de que todo eso de la legitimidad, y el derecho divino, son pamplinas, y que aquí no puede ser rey mas que uno que lo sea a gusto del país, que es amante de la libertad y del orden. No digo yo que ese caballero no fuera un monarca que ni de encargo, pero como aquí no le conoce nadie, porque ni ha nacido en España, ni ha residido en ella un solo día, no podemos elegirle.
Con que mande V. otra cosa, señor D. Carlos, expresiones a la señora, un beso a la niña, y no se empeñe en ser nuestro rey si quiere que seamos buenos amigos.
Aquí nadie le tiene a V. mala voluntad, pero tampoco se le tiene cariño, y si se obstinase en sus pretensiones y a la otra intentona fuera menos prudente que lo ha sido en la pasada y pisara el suelo español en son de guerra, le advierto que aquí hay unos cazadores y unos guardias civiles, que son muy capaces de romperle a usted algun hueso sin pizca de respeto, ó de traerlo atado codo con codo hasta el Saladero, donde se vive bastante peor que en la casa que en París tiene V. alquilada.

En cuanto al gobierno, parécenos que ya se irá convenciendo de lo peligroso que es prolongar la interinidad.

Mientras no se cierre definitivamente el período constituyente y se establezca una legalidad, vivimos de milagro.
—No basta haber hecho y promulgado una Constitución, es necesario plantearla con todas sus consecuencias.
Y para ello urge que se elija rey y sepamos a qué atenernos en punto tan importante.
Nosotros ya hemos manifestado nuestra simpatías por el duque de Montpensier; pero como no somos hombres de partido, si hay otro candidato mejor, que se presente, y di-puestos estamos a acatarlo.
Lo esencial es que haya uno, y no nos suceda lo que a Bertoldo, que no encontraba árbol de su gusto para que lo ahorcaran.
Proclámese un rey, y se dificultarán extraordinariamente intentonas como la que felizmente ha fracasado.

¿HA VISTO V. A LOS CARLISTAS?

SAN SEBASTIAN 27 DE JULIO DE 1869.

Señor CASCABEL:
¡Hombre! ya me tienen cargado los carlistas, ya estoy hartado de carlistas!
En vista de las contradictorias noticias que dan La Correspondencia y El Imparcial, y deseoso de saber y ver por mis propios ojos la verdad, resolví hace cuatro días salir a dar un paseo por estas provincias para ver a los carlistas, que ya me tenían con curiosidad e tos sugetos.
En la estación de Madrid encontré a un amigo, que me dijo con tono misterioso:
—Pero ¿se marcha V.?
—Sí, señor.
—¡Ah! ¿se irá V. con ellos?...
—¿Con quienes?
—Con los carlistas.
—¡Hombre! por Dios.
—Pues entonces, ¿qué va V. a hacer?... Desde Pozuelo a la frontera, todo está lleno de carlistas.
—Me alegro, yo quiero verlos...
—Yo, en lugar de V. me libraría muy bien de ir a buscarlos, porque quien ama el peligro en él perece.
Silbó la locomotora, y entré en un coche donde no habia ocupados mas que tres asientos por tres señoras, que, cuando yo me coloqué en un rincón, se miraron como preguntándose:
—¿Qué pájaro será este?...
Yo no me permití hablar una palabra desde Madrid a Torrelodones; las señoras hablaban de sus baños; una iba a Alzola, otra a Elorrio, otra a Archavaleta, deseosas todas de librarse de las herpes y otros incómodos alifafes. Una de ellas se atrevió a interpellarme:
—Diga V., caballero, y V. disimule, ¿irán a Elorrio los carlistas?
—Señora, no sé si necesitarán aquellas aguas, pero me parece que este año no son aguas precisamente; las que quieren tomar.
—Por Alzola habrá muchos carlistas, ¿verdad? preguntó otra.
—Si saben que va V. allí, puede ser, dije a la interpellante, que era una jamona de buen ver, la cual se puso colorada como una bira, y exclamó, poniendo la boquita chiquitita:
—¡Jesús!
En Avila comencé, las tres señoras eran ya muy amigas mías. En la fonda se nos acercó un individuo que me dijeron era comandante retirado en aquella población, y siendo amigo de dos de ellas, habia salido a saludarlas.
—Pero ¿cómo se han puesto Vds. en camino? preguntó: yo me acuerdo vestí lo hace dos semanas.
—¡Hombre! dije yo, y cuando V. no se desnuda no se puede viajar... Es un caso raro.

—Caballerito, repuso, enrespándosele el bigote, yo sé lo que me digo, todo el camino está lleno de carlistas; en Valladolid,—esto no lo sabía nadie mas que yo,—han cortado el ferrocarril, y mucho será que no hayan hecho una mina para volar este tren en que van Vds.
—¡Zambomba! exclamé.
—Es una imprudencia viajar ahora. Si estas señoras quieren quedarse aquí, yo tengo una casa a su disposición, y aunque mañana esperamos aquí a los carlistas, estando en mi casa no corren ningún peligro las señoras...
Dudaron las señoras, pero al fin el deseo de llegar a las aguas que les aliviaban de sus erupciones respectivas les hizo continuar el viaje.
Pero ¡con qué miedo!
—V. nos compromete, me dijo una.
—Señora, no sé por qué.
—Porque es V. hombre.
—Señora, es cosa que no puedo remediar.
—Porque si vieran que íbamos solas ne se meterian con nosotras, pero si le ven a V. pueden querer llevarle en su compañía, ó matarle allí mismo, y figúrese V. qué disgusto para nosotras.
—Ya lo creo, y para mí una satisfaccion.
—Vamos muy mal con V.
—Pues señoras, tírenme Vds. por la ventanilla.
Antes de llegar a Valladolid, las señoras se quitaron sortijas y pendientes y relojes, y juntamente con el dinero, todo se lo escondieron allí donde esconden ellas las cosas que mas estiman, en el pecho, y también escondieron mi dinero y mi reloj, asegurándose que si a mí me ocurría una desgracia, ellas entregarían a mi familia aquellos preciosos recuerdos de mi paso por este mundo.
—¿Tiene V. algo que mandar disponer, algun secreto que revelar, algo que decir a su familia?
—Nada, le dan Vds. expresiones.
El tren se detuvo; era de noche y sin embargo, no llovía.
—De aquí no se pasa, dijo una de las señoras.
—Aquí está cortado el camino.
—Escóndase V. debajo de los asientos, me dijo otra.
—No, no, exclamó la primera, que si le descubren será peor.
—¡Valladolid! gritó una voz.
—¡Ha oído V.?...
—¿Qué tal?...
—Dicen Valladolid como si tal cosa!
—Pues, ¿qué han de decir? ¿Pekin?...
—Diez minutos de parada.
—¡Parada!... Ya vé V., los carlistas tienen parada ahora.
—Sí, irán a jurar la Constitución. Señoras, ¡bajan Vds.?...
—No señor, suceda lo que quiera aquí nos quedamos.
—¡Y si vuelan el tren como ha dicho el comandante de Avila?...
—¡Ay! es verdad, mas vale verlo volar que volar con él.
Y bajaron las señoras, a quienes acompañé hasta dejarlas en un lugar donde no sospechaban ellas que hubieran establecido un cuartel general los carlistas.
Un caballero que se paseaba por el andén se me acercó y me dijo:
—¿Ha visto V. a los carlistas?...
—No señor, ¿y V.?
—Aquí no han saltado todavía, pero creo que en Burgos los van Vds. a encontrar.
—¿Y hay muchos?
—Dicen que sobre 10 000 hombres.
—Pues si quiere V. enviar algun recado...
—Sí, señor, si vé V. a Cabrera, le dice V. que le ha dado muchas expresiones para él al pasar por Valladolid, el cura de la oreja cortada, que por esas señas me conoce muy bien.
—Nadie diría que es V. cura.
—Ya no lo soy, pero cuando conocí a D. Ramon lo era. Fuimos muy amigos, yo soy de Tortosa, y ahora estoy aquí comerciando en granos.
—Pues que no le salga a V. ninguno me alegraré.
—¡Señores viajeros, el tren! gritó una voz, y todos nos dirigimos a los coches.
—¿Ha visto V. a los carlistas? me preguntaron mis compañeras de viaje.

—No, señoras, ¿y Vds.?  
 —Nosotras... allí donde nos dejó V...  
 —Sí, ya sé, en el...  
 —¡Pues!  
 —Allí había una señora de un carlista.  
 —¡Hola! Pues esa tendría noticias.  
 —Sí, señor, su marido ha salido, según nos ha dicho, á levantar una partida.  
 —¡Bah! yo tengo noticias más graves.  
 —¿Cuáles, cuáles?  
 —En Búrgos nos esperan 10.000 hombres, me lo ha dicho el cura de la oreja cortada.  
 —¡Jesús!  
 —Dios nos proteja.  
 —Muertas somos.  
 —Ahora sí que hacen con V. una barbaridad.  
 Siguió el tren; mis compañeras de viaje suspiraban, exclamaban: ¡Dios mío! ¡Virgen de Atocha! ¡Nuestra señora del buen Parto nos saque con bien! y luego cesaron los suspiros y empezaron los ronquidos. Las tres señoras lo hacían á las mil maravillas.  
 Cuando llegamos á Búrgos y bajé á estirar las piernas, me preguntó un camarero de la fonda:  
 —¿Ha visto V. á los carlistas?  
 —Sí señor, atrás quedan unos 20.000.  
 —Aquí estamos hace días temiendo que se lancen de un momento á otro; en Miranda me parece que los encontrarán Vds.  
 —Me alegraré.  
 —¿Es V. carlista?  
 —No señor, ¿y V.?  
 —Yo soy republicano.  
 —Por muchos años.  
 —Yo he sido del comité republicano de Quintanapalla, pero soy republicano de orden, y no me gustan ciertas cosas.  
 —Me parece bien.  
 —Yo quiero la república federal y que los camareros de las fondas tengan más salario, y que sea obligatorio dar propinas.  
 —V. está en lo razonable.  
 Siguió el tren y me dormí, y soñé que llovían carlistas de las nubes y que brotaban carlistas del centro de la tierra, que habían detenido el tren y cortado las cabezas á todos los viajeros, y en las angustias que me daban buscando mi cabeza en el montón de ellas que había á un lado del camino, desperté sobresaltado, á tiempo que despertaban también las señoras, y que la voz amiga del empleado del ferro-carril gritaba:  
 —Miranda, diez minutos de parada y fonda.  
 —¡Jesús!  
 —¡Dios mío!  
 —¡Virgen de la O!  
 Así dijeron las tres señoras; que también habían soñado con los carlistas, quienes no sé qué excesos habrían cometido, pero ellas estaban sumamente asustadas.  
 Yo, dominado aun por la emoción de haberme quedado sin cabeza, salí del coche, medio despierto, medio dormido, medio muerto, medio vivo, y entré en la fonda.  
 —¿Qué vá V. á tomar? me preguntó el mozo.  
 —Un carlista con patatas, dije en seguida.

—Se han concluido, me dijo el mozo; si quiere V. una tortilla de yerbas...  
 Devoré la tortilla y al fin me convencí de que tenía la cabeza sobre los hombros.  
 En la mesa se habló, ¿de qué se había de hablar? de los carlistas, y todos convinimos en que más adelante debían estar, puesto que hasta allí no los habíamos encontrado.  
 —No tenga V. duda, me decía una de las señoras, no nos escapamos.  
 —Yo no tengo por qué escaparme, señoras.  
 —Los carlistas nos cojen, no hay remedio, nos cojen.  
 —Pues señoras, que nos cojan, ya estoy harto de carlistas, sin haberlos visto, y ya tengo ganas de que las cojan á Vds. y me cojan á mí y nos cojan á todos.  
 —¡Jesús! ¡qué ideas tiene V.! No provoque V. la ira del Señor.  
 —Señoras, el Señor no se mete en estos asuntos.  
 Llegamos á Alsasua: se acercó á mirar por la ventanilla del coche un ciudadano con boina y dos de las señoras se desmayaron y á la tercera le dió una convulsión que me destrozó la cara á puñetazos, y me hundió la barriga á patadas.  
 En Zumárraga volvieron á la razón, y se despidieron de mí, seguros de encontrar á los carlistas en el camino de Elorrio, ó de Alzola ó de Arechavaleta, pero también de que antes de que llegase el tren á San Sebastian, ya me habrían partido por el eje.  
 Cuando llegué á San Sebastian, ví mucha gente y oí muchas voces.  
 Ciertos son los toros, me dije, aquí están los que dijimos. Pero me acerqué más á la gente, y ví un coche en el cual iba un caballero, al que victoreaba el ilustrado público.  
 Será D. Carlos de Borbon y de Este, pensé.  
 Pero me acerqué más, y el que me pareció carlista era nada menos que D. Emilio Castelar, que desde Biarritz había venido á San Sebastian á predicar las excelencias de la república federal.  
 De manera, señor CASCABEL, que si V. no ha visto por ahí á los carlistas, yo no los he visto tampoco desde Madrid á San Sebastian.  
 Un día de estos iré á Bayona á ver si los veo, y le diré á V. cómo son.

DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD.

—Conque veñó sargento, ¿qué le pase á V. la preposición? Si usted se compromete, pongo por caso, por la república federar, será V. teniente ó capitán con su uniforme á lo garibaidino y un sable que meterá mico, aunque me esté mar er decirlo.  
 —¡Ho ubrel lo pensaré.  
 —Pás ya sabe V., yo estoy comisionao por un cabayero del pato funeral de Andalucía pa ver si hay argun güen moso que quiera alantar en su carrera y haserse repubricano neto... ¡Ah! si á V. pongo caso, le pegan un balaso ó cosa por el estílo, su parienta de V. tendrá su viuedá y no se la quitará naide.  
 —No soy casado.

—Pás se casa V. por si acaso con una ciudadana que le gusten los militares.  
 —Pues lo pensaré, la ordenanza es muy severa.  
 —Por eso luego no tendrá V. ordenansa ninguna; será V. capitán con toda su anatomía, y hombre libre, y tanto como er rey, digo no, como er rey no, porque no habrá rey, pero tanto como yo que me han ofrecido un empleo de recaudador de contribuciones, que es todo mi pio hace años.  
 —Pues mire V., le diré al coronel lo que V. me propone, y veremos lo que me contesta.  
 —¿Se guasca V.?  
 —No, señor, tengo que pedir consejo á mi jefe.  
 —Entonces, haga V. cuenta de que no me ha conostio V., porque la verdad, yo con el coroner, aunque no tengo el honor de conoserle, no quiero ná.  
 —Sí, mas le vale á V. que no le diga nada, y lo que le deseo á V. en su empresa, es que tropiece con soldados como yo, que sean feles y generosos.  
 —Muchas gracias, y V. desemule la encomodidá; si vá V. argun dia por Málaga, pregunte V. en el Perchel por Juan Paitiga, y lo er mundo le dará razón, y tendré er gusto de que nos comamos unos boquerones y nos bebamos una cañita juntos.  
 \* \* \*  
 —Conque vamos, ¿qué me dice V. bravo sargento?  
 —Yo le diré á V., si don Carlos es como V. le pinta...  
 —Es mejor, mucho mejor, un hombre completo.  
 —Ya me lo figuro.  
 —Jóven.  
 —Ese no es mérito.  
 —En fin, cuando yo le digo á V. que es el hombre del siglo...  
 —Bueno, bueno, y ¿qué quiere conmigo el hombre del siglo?  
 —Pues quiere contar con lo mejor del ejército.  
 —Entonces, yo soy de lo mejor.  
 —Por eso me he dirigido á V. ¿V. es sargento?  
 —Sí señor, en Alcolea ascendí.  
 —Pues se le dará á V. despacho de teniente.  
 —No señor, eso ya me lo dan otros.  
 —Entonces de capitán.  
 —También me lo dan.  
 —¡Hombre! pues de comandante.  
 —Eso ya es otra cosa.  
 —Y estará V. dispuesto á salir cuando convenga.  
 —Cuando me convenga, no tengo inconveniente.  
 —Además, es preciso que gane V. la voluntad de otros compañeros.  
 —Mire V., lo que eso, á mí no me gusta ganar mas voluntades que las de las buenas mozas. De esas puedo contar con tres ó cuatro.  
 —¿V. se chancea?  
 —¿Y V.?  
 —Yo no.  
 —Pues hombre, yo creí que sí. ¿V. cree que yo me voy á meter á conspirador, ahora que dentro de dos meses tomo la licencia?...

LA HERENCIA DE UN CÓMICO.

POR PONSON DU TERRAIL.

(Continuación.)

—Está muerto de veras, murmuró respirando el estudiante.  
 Entonces entró un criado y dijo:  
 —Señor, he llevado vuestra carta de anoche.  
 Samuel le miró.  
 —¿Qué carta? dijo.  
 —La que me disteis para la hosteria del Perro Dogo.  
 Samuel miró fijamente á aquel hombre.  
 —¿Es á ti á quien yo di la carta?  
 —Sí, señor.  
 —Es raro. No te conozco.  
 —No es extraño, dijo cándidamente el criado, porque no estoy aquí mas que desde hace ocho días... y luego como anoche estábais tan triste y tan agitado...  
 —Bien. Vete.  
 Y Samuel repitió:  
 —He sido víctima de una alucinación.  
 Fué á tomar á Eva por la mano y la dijo:  
 —Querida mía ¿quereis venir conmigo al parque?  
 —Como gustéis, repuso ella.  
 Y le siguió.  
 El primer rayo de sol, arrancaba millares de chispas á la escarcha que cubria los árboles, el aire frio de la mañana había cesado y la nieve se deshela.  
 —Mi querida Eva, dijo Samuel, mi padre pensó en vos en su testamento.  
 Ella levantó al cielo sus grandes ojos azules.  
 —¿Qué importa? dijo. Su pérdida es lo que lloro.  
 Samuel la cogió la mano.  
 —Vos habeis nacido en Francia ¿no es cierto?  
 —Sí.  
 —¿Teneis allí parientes?  
 —Tengo una tia.  
 —¿Vuestra tia tiene un hijo y una hija?  
 —Ciertamente, contestó la jóven asombrada.  
 —Y en su tierna solicitud por vos, mi padre ha pensado en todo. Vuestra prima y su hermano han llegado ayer á Kurbstein. Vienen á buscaros.  
 —Dios mío, exclamó la huérfana con angustia, ¿habré de dejar esta morada donde he pasado mi infancia, donde he sido tan dichosa?

—Volvereis aquí mi querida Eva.  
 Y al decir esto Samuel, estendió su capa sobre un banco ó hizo sentarse á la jóven.  
 Escuchadme, dijo. El testamento de mi padre, me manda acompañaros á Francia y allí...  
 Samuel se detuvo y pareció presa de una emoción verdadera y profunda: luego añadió, fijando en la jóven una mirada apasionada:  
 —¿Me amaríais un poco, si yo os amase perdidamente?  
 Eva ocultó su cabeza entre las manos y sintió latir su corazón con violencia.  
 Samuel dobló una rodilla.  
 —Si al llegar á Francia yo os digese: Eva, os amo, y puesto que mi padre os quería como á una hija, ¿quereis ser mi mujer?  
 La jóven dió un grito y huyó dejando á Samuel estupefacto y encantado.  
 El amor ardía en el corazón de Eva, la jóven rubia amaba á Samuel y creía en él.  
 El estudiante creyó conveniente no seguir á su víctima.  
 —Esta misma noche, pensó, Débora habrá ganado su collar de perlas.  
 Cuando saboreaba de antemano su próximo triunfo, oyó ruido de pasos y voces.  
 —Hé aquí, dijo, la improvisada familia de Eva.  
 En efecto, Débora, vestida de negro de pies á cabeza y con los ojos bajos, se presentó del brazo de Franz que tenía un aspecto enteramente fra cés.  
 Detrás de ellos Goliath, el beodo, vestido de criado hablaba con el jóven Fritz que fumaba tranquilamente su pipa de porcelana.  
 Samuel les salió al encuentro.  
 —¡Bravo! ¡viva Samuel! exclamaron los tres estudiantes.  
 —Samuel, mi pequeño, dijo la judía, necesito algo mas que un collar de perlas.  
 —Tendrás todo lo que quieras.  
 —¿De veras?  
 —A fé de hnéfano, dijo riendo Samuel, que se llevó una mano á los ojos.  
 Luego añadió, dirigiéndose á sus amigos:  
 —No os precipiteis, hijos míos; es preciso que yo explique á cada uno su empleo.  
 —Ya tenemos los trajes, observó Débora.  
 —Sí, per es preciso saber el papel, repuso Samuel, tomando la actitud severa y digna de un director de escena.

médico que tenía tan excelente carácter, una hora despues de la llegada de los pretendidos primos de Eva, se hallaban el doctor y Samuel, el primero en plé y el segundo tendido en un sofá delante del fuego.  
 Es aban solos.  
 —Ya lo veis, doctor, decía Samuel, yo soy ligero en la apariencia, pero sin embargo no carezco en el fondo de formalidad, no desatiendo los deberes de un heredero, escrupuloso observador de la etiqueta, y deseo entenderme con vos para disponer los funerales de mi padre. A propósito, ¿quereis un cigarro?  
 —Con mucho gusto, repuso el médico.  
 —¡Esculapio! exclamó Samuel. Vos sois la flor y nata de los médicos, y no hay quien os iguale en lo complaciente.  
 Tomó una caja de habanos que había sobre una mesa y la presentó al médico.  
 —Ya veis que un hombre como mi padre no puede ser enterado como un burgomaestre ó un profesor de francés.  
 El médico hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.  
 —Yo quisiera hacerle inhumar en la capilla del castillo, al lado de los margraves de Kurbstein. Mi padre era un hombre digno de esa honra, caballero del Águila roja de Prusia, y comendador de todas las órdenes imaginables.  
 El médico saludó.  
 —Mi padre, continuó Samuel, adoraba el drama histórico. Nunca era mas fácil que cuando se presentaba en escena con un traje bordado y lleno de pedrería. Podríamos vestirle de Papa ó de gran señor. El traje de César Borgia, está muy bien; él lo llevaba perfectamente. Además podíamos hacer vestir á los criados del castillo con trajes de la edad media.  
 —¿Y de dónde pensais sacar esos trajes?  
 —Oh! tranquilizaos, inocente doctor, aquí se han representado comedias, y hay un vestuario completo de teatro.  
 El buen hombre inclinó la cabeza en señal de adhesión.  
 —Sobre todo, continuó Samuel, no hay que reparar en los cirios. Muchos cirios, doctor, muchos cirios. La luz no es nunca demasiado para irse al otro mundo, donde tal vez no habrá sol, ni luna, ni faroles de gas.  
 —Caballero, interrumpió el médico, ¿no teméis que todos esos chistes os ocasionen alguna desgracia?  
 —Yo os creía mas fuerte, doctor; pero adelante... Es cosa convenida, os nombro ordenador de la ceremonia fúnebre.  
 —Sí señor.  
 —Y os agrego á mi persona.  
 El doctor abrió desmesuradamente los ojos.  
 —¿Qué diablo! No en balde es uno millonario. Yo quiero tener un médico mío, doctor, solo mío. Si teneis la desgracia de sangrar á alguno, os despido.

En la habitacion ocupada en Kurbsteinburg por aquel buen

(Se continuará.)

—Ya vé V. que ofrecer á un sargento el empleo de comandante...
—Es una barbaridad, y no les puede salir á Vds. bien lo que intentan.
—¿Por qué?
—P. que, créame V. á mí, con gente vendida no se hace nunca nada bueno. Además, yo no hago la guerra civil, á no ser que empiece antes de que cumpla, y entonces lo haré con mi regimiento. Mi padre fué carlista en la guerra pasada, y muchas veces le he oído contar aquellas atrocidades, aquellos fusilamientos, aquellos incendios... y antes me quite Dios la vida que pueda yo cometer semejante indignidad.

CASCABELES.

La estación de baños en San Sebastián tiene este año un afluente mas; suele venir de Biarritz el señor Castelar y echar una arenga por lo fino y lo federal.

El domingo la echó, siendo muy aplaudido por los republicanos de la población y los viajeros que tienen las ideas del célebre tribuno.

Con este afluente político, suponemos que aumentará mucho el número de viajeros en los trenes de recreo.

El retruchero ministro Becerra llamó á D. Carlos Rabio para ofrecerle un destino ¡vaya una cosa! y mi tocayo y amigo le contestó qué muchas gracias, que no quiere empleo.

Un aplauso á mi querido tocayo, único revolucionario que ha demostrado desinterés, abnegación, y mas amor á la libertad que al sueldo.

Algunos personajes políticos han colocado estos días fuertes sumas en el Banco de Francia.

Los políticos siempre tienen sumas fuertes que colocar á buen recaudo. Los que no tenemos un real y podemos dejar seguros nuestros capitales, no digo yo en el Banco de Francia, sino en cualquier plazuela de Oriente, somos los que pagamos las contribuciones, los que trabajamos para que los po-

líticos vayan juntando fuertes sumas y luego se las gasten en Francia, mientras aquí nos comemos los codos.

Varios redactores de periódicos carlistas se han escapado. No hace muchos días que decían que solo querían que se empleasen los medios legales para el triunfo de sus ideas. ¡Qué peces! ¡Medios legales y salen por ahí los suyos á despoblado y en cuadrilla!

Parece, según dice un periódico, que un quidam ofreció al señor don Carlos la entrega del castillo de Figueras. Yo le ofrezco el castillo de If si me da su permiso el autor del Montecristo.

Pues señor, al ver que los carlistas se echan al campo, que los republicanos se quieren echar á la calle, que los isabelinos tratan de sublevar á las tropas, y que todos los días se encuentran escondites de armas y otros excesos, suponemos que llega la hora de matarnos todos los españoles por gusto. ¡Digo! ¡si seremos liberales y juiciosos! ¡Jesús! ¡qué desgracia de país!

Señor Regente, señor Prim, señores todos; los autores del golpe de Setiembre, ¿se van Vds. convenciendo de lo mal que hicieron en no resolver la cuestión el primer día?... Ahora estaríamos mejor.

Coje V. un periódico de los del bronce y lee: —Alerta, republicanos, el momento se acerca, nos quieren vender, etc. etc.

Coje V. luego uno progresista, y dice: —Alerta, liberales! el enemigo comun no descansa, nos acecha, nos quiere tragar, etc.

Coje V. luego uno neo: —Alerta, católicos monárquicos, no os dejéis cojer en la red que se os tiende!.

Coje V. uno unionista: —Alerta, hombres de orden, alerta, no abdiquéis de vuestro derecho, no tengáis complacencias que no se os agradezcan! etc. etc.

De manera, que al ver estos ¡alertas! al ver que todo el

mundo desconfía del prójimo, bien se podría decir:—Pues señor, razón tenía O'Donnell, esto parece un presidio suelto.

Parece que los carlistas han reñido, Y lo grave es, que Cabrera ha dicho al señor D. Carlos las verdades del barquero, y se ha marchado á Londres, desde donde algunos de sus amigos esperan que dé un manifiesto, para explicar á este mundo y al otro las causas de su disidencia.

Lo cierto es que los carlistas se disputan los empleos ni mas ni menos que los liberales, y que sobre si ha de ser ministro Ceballos ó Tejado ó Perico el ciego, anda entre ellos una marimorena que no hay mas que pedir.

Y propósito de empleos. El tal D. Carlos no se queda corto en eso de repartir gracias. A cualquiera le hace general, coronel, intendente, á otra friolera por el estilo. El se hará cuenta de que al fin y al cabo de su bolsillo no ha de pagar los sueldos. De todos modos, por la muestra puede conocer el país lo que tiene que esperar de ese caballero, si por desgracia llegara á cojer la sartén por el mango.

Las redacciones de varios periódicos enemigos de la situación han sido atacadas por una turba que ha cometido en ellas excesos que enérgicamente censuramos.

También algunas personas han sufrido en las calles atropellos mas ó menos graves.

No podemos menos de escitar á la autoridad á que modere los ímpetus patrióticos, de esos liberales, que tan mal comprenden la libertad.

¡Por Dios, señor Moreno Benitez, que no se diga que el Manzanares es un rio de Africa!

Ha fallecido en los baños de Panticosa el señor don Agustín Lopez del Valle.

MADRID: 1869.—Imprenta á cargo de Diego Valero. Calle de las Hileras, número 4, bajo.

CAPITULO XXVII.

La madre y el hijo.

El día siguiente volvió el estudiante al departamento de locos. Luis estaba contento. Los desgraciados se contentan con poco. Una esperanza, por leve que sea, les consuela. —He pasado muy buena noche, le dijo. —Y yo le traigo á V. buenas noticias. —¿Cuáles? —Va V. á salir de aquí. —¿Cuándo? —Hoy mismo. —¿Cómo?... ¡Oh! déjeme V. besar su mano. —No, no me lo tiene V. que agradecer á mí. —Pues, ¿á quién? —A un amigo que conoce al gobernador. —¡Bendito sea mil veces! —H y daber venir el permiso para la salida de usted. —¿No faltar? —Creo que no, pero entretanto, hab'emos de V. y de su madre. ¡Ya habrá V. olvidado ese melhadado amor... —¡Oh! sí, lo he olvidado. —Ahora debe V. consagrarse solo al amor

de su madre; ya vé V. qué pena tan grande le proporcionó con la locura que ha hecho V. —Es verdad, tengo que pedirle perdon, que no me lo negará. —Ya lo creo, deseando está estrechar á V. en sus brazos. —¿La ha visto V.? —Sí, y si viera V. cuánto ha sufrido la infeliz! —¡Oh! ya lo sé, conozco bien el corazón de mi madre. ¿Ha venido aquí? —Sí, señor; pues no había de venir?... Ha ido á todas partes, ha corrido desolada por todo Madrid, buscándole á V. —¡Pobre madre mía! —Y está muy cerca de V. —¿Sí? ¿dónde?... ¡Oh! por Dios le pido á V. que me la deje ver. —No es posible ahora. —Pues cómo, ¿está aquí? —Porque no quiere irse sin su hijo, porque para irse consolada necesita el apoyo de su hijo... —¡Oh! ya no le faltará nunca. —Ha estado muy malita la pobre; cuando

una voz que conoció por la del caritativo practicante que la habia conducido al lecho. —Estoy bien, solo quiero ver á mi hijo... que el corazón me dice que es mi hijo ese que han traído aquí por loco. —Ahora si que le verá V., pero si se hubiera V. quedado abajo anoche como queria, no le podria V. ver, á estas horas estaria usted muerta. —¡Oh! Dios le pague á V. la caridad. ¡Ay! ¡qué noche tan larga! ¿cuándo amanecerá?... —¿Qué dice V.? preguntó con asombro el practicante. —Perdone V. pero considere si es natural mi impaciencia, quisiera que las horas fuesen minutos, que hubiera amanecido ya, que el sol viniera pronto á disipar las tinieblas de esta noche tan larga. —¡Dios mio! exclamó el estudiante, fijando la mirada en los ojos abiertos de la enferma. —V. me compadese, V. debe ser muy bueno, V. debe querer mucho á su madre. ¿Tiene V. madre?... Por las mejillas del estudiante corrían dos lágrimas; el noble jóven en efecto tenia madre y la adoraba, no podia ser indiferente al inmenso infortunio de aquella anciana que le miraba con los ojos fijos, y no le vea, y no veía tan poco el sol que penetraba por las grandes ventanas de la sala, consolando al enfermo y dando ánimo al moribundo. La madre de Luis habia sufrido aquella noche esa terrible enfermedad que se llama gota serena. Ya no podria volver á ver á su hijo. —¡Pobre madre! —Vámonos, señora, continuó el estudiante que no podia contener sus lágrimas, esté V. tranquila. —Sí, señor, si lo estoy, al fin he hallado un alma buena en el mundo, y tengo confianza en V. me hara ver á mi hijo, si es él en efecto el que han traído á esta casa. —Sí, sí, no tenga V. cuidado alguno, añadió el jóven, cuidaré de V. como de mi madre, de su hijo de V. como de mi hermano. —¡Ah! cuánto siento que sea de noche y no pueda ver el rostro de quien tanto consuelo me da. Dios le bendiga á V... ¡Jesús! ¡qué noche tan negra y tan larga!

Al lado de la cabecera de la pobre ciega estuvo el practicante hasta que la infeliz se durmió otra vez; ya solo en sueños podia ver la luz; solo soñando podia ver á su hijo. Dejandola muy recomendada al cuidado de las hermanas de la caridad, bajo el practicante al departamento de enagenados, y quiso ver al jóven llevado allí de orden de la autoridad. Luis estaba en un estado indecible de desesperacion. Sacudia furioso los barretes de la rej de su jaula, y gritaba: —¡Infames! ¡yo loco!... ¡Oh! mi madre, ¿dónde está mi madre?... Le ocultan que estoy aquí, porque si lo supiera, ya habria venido, ya habria venido á abrir esta maldita puerta. El practicante se acercó á la reja. —Hermano mio, le dijo con voz amable. —¿Quién es? preguntó el loco ¿quién me habla en lenguaje del amor y la caridad?... —Yo, yo que me intereso por V., yo que la considero como mi hermano mas querido, yo que vengo á consolarle y á acompañarle en su dolor. —¡Ah! gracias, Dios mio, exclamó el pintor, ya me miras con ojos de piedad. —¿Me permite V. que entre?... —¡Oh! sí, sí, me hará V. gran favor. Tengo muchas cosas que decir á V., p. que, aunque no le conozco, veo que V. es un alma buena, y me inspira completa confianza. Y el practicante se hizo abrir la puerta de la jaula, y entró. Luis le estrechó y le besó la mano, sin que aquel tuviera tiempo de impedirlo. —¡Oh! ¡qué buen es V.!, le dijo. —No hablemos de mí, hablemos de V. dígame V. porque le han traído aquí. El pintor no ocultó nada á su jóven amigo; refirióle completa la triste historia de sus amores, y le dió todos los detalles de las cenas habidas en la casa del ex-ministro la noche de la boda de este ridiculo personaje con la ingrata Isabel, con lo cual el practicante quedó convencido de que aquel hombre no estaba loco, y se propuso desbaratar la inicua trama de los que en aquel sitio habian sepultado en vida al artista.

